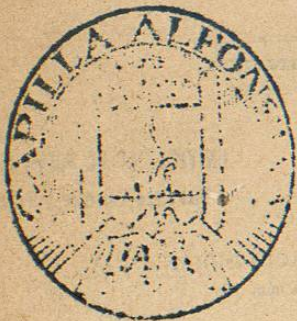




EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

BT215  
J4



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## JESUCRISTO.

Tanto amó Dios al Mundo  
que le dió su Unigénito.

*S. Juan, 3.—16.*

QUIÉN es ese sér extraordinario, que hace poco más de dieciocho siglos, en el seno de un país humilde y de un pueblo obscuro, puso repentinamente sobre el mundo tan soberana mano, “que fundó en él, para toda la humanidad, el reino eterno de la verdadera y perfecta Religión;”<sup>1</sup> —ese sér, el más puro entre los poderosos, y el más poderoso entre los puros, que con su traspasada mano ha sacado de su quicio los imperios y ha dado otro cauce al torrente de los siglos?<sup>2</sup> ¿Quién es? ¿Es un Dios? ¿Es

1. BAUR, *Le Christianisme et l'Eglise chretienne*, seconde edition, 1860, p. 322.

2. RICHTER, *De Dieu dans l'histoire et dans la vie*, p. 6.

008921

un hombre? ¿Es tan sólo un accidente feliz de la naturaleza, un esfuerzo sublime de la naturaleza humana para proporcionarse un representante digno de ella? ¿O bien, esa belleza de alma, esa fisonomía incomparable, ese gran entendimiento, ese corazón todavía mayor, y los inmensos resultados de esa vida extraordinaria, llevan invenciblemente la inteligencia á entrever en Él más que un hombre? ¿Dios transpira visiblemente, si así puedo hablar, á través de la perfecta humanidad de Jesús? Y así como cuando se encuentran naturalezas privilegiadas, con sólo ver su fisonomía, sus ojos, sus labios, con sólo oír sus palabras, se dice: "hé aquí una alma en la cual hay grandeza, nobleza, bondad, genio," ¿basta igualmente con ver á Jesús para verse obligado á decir: "Hé ahí un alma en la cual hay divinidad?"

Tal es la cuestión. Antes no se procedía de este modo. Apenas se estudiaba la perfección única de la humanidad del Salvador. Su humanidad se perdía, como en el Tabor, en los esplendores de su divinidad.

Actualmente seguimos otro camino. No sé qué atractivo, más vivo cada día, nos lleva ¡oh Jesús! á vuestra dulcísima y bellísima humanidad. Contemplamos vuestros pies y vuestras manos traspasados por nosotros, vuestra hermosa frente enteramente radiante del genio más compasivo, vuestro corazón, que late con tan

grande amor, y de este modo llegamos á sospechar primero, á entrever después, y al momento á adorar vuestra divinidad.

El otro camino era quizá más elevado, éste es más dulce. Es más á propósito para este siglo amante de los hechos más que de las ideas, arrebatado de entusiasmo por el método de observación, y más apto, por consiguiente, para aceptar la prueba que va de la humanidad del Cristo á su divinidad. ¿No es la que, por otra parte, habéis aconsejado ¡oh Jesús! al conturbado espíritu de uno de vuestros discípulos: "Tomás, pon tu dedo en las llagas de mis pies y de mis manos; ponlo principalmente en la llaga de mi corazón y dignate, te lo suplico, no ser incrédulo?" *Et noli esse incredulus.* <sup>1</sup> ¡Tierno é intraducible *noli!* Tomás no resistió. Vió la humanidad, y confesó la divinidad. *Vidit hominem, Deum confessus est.* <sup>2</sup>

¡Oh Jesús! entramos por el mismo camino, ayudadnos, y haced que vayamos también, de las bellezas humanas de vuestro entendimiento, de vuestro corazón, de vuestra conciencia, <sup>3</sup> de vuestra alma toda entera, hasta la plena certidumbre, hasta la humilde y gozosa adoración de vuestra divinidad.

1. JOAN, XX, 27.

2. S. AUG.

3. No se tome esto en el sentido que implique pluralidad personal de Cristo.—[N. del T.]

## I

Consideremos primeramente y en su conjunto la fisonomía de Jesús.

La fisonomía, decía yo ahora mismo, es la transpiración del alma á través del polvo del cuerpo. Es el alma que sale, por decirlo así, de su retiro, subiendo al rostro, é imprimiéndole una belleza que no tiene igual en el orden de las cosas creadas. “¿Qué son, dice Fenelón, todos los fuegos del sol comparados con el fuego de la mirada en un hombre de genio?” Tenía razón; y eso que no señalaba ahí más que uno de los rasgos de la belleza humana. No solamente el genio posee fuego; el corazón lo tiene tan ardiente y más tierno, y lo envía aún con más rapidez al rostro. Y la misma voluntad no carece de él. ¿No procede de ella esa luminosa y viril llama del valor y de la fuerza, que completa en la frente de un hombre el misterio de la belleza?

Pues bien, desde todos esos puntos de vista, la fisonomía de Jesús es incomparable. Manifiestamente el talento humano se halla en Él, en su más elevado poder. “Yo soy la luz,” decía Jesucristo. Esto no puede disputarse: es la luz pura. En rededor de Él, como en rededor de los mayores genios, no se ven nubes, ni brumas, ni nieblas que suben de los sentidos. Se han en-

contrado manchas en el sol. Aquí no las hay. El entendimiento es enteramente luminoso; brilla radiante en todas direcciones, libre, real, sin esfuerzo. Se desenvuelve en elevación, en profundidad y en fecundidad, en todos sentidos, con una sencillez y una facilidad que son cuanto es dado imaginar como más asombroso.

¿En dónde, os pregunto, se ha visto mayor elevación que en Jesucristo? ¿Qué propósito fué nunca más elevado que el suyo, con medios, para lograrlo, más ingeniosos y más sencillos? ¡Qué relámpagos en su conversación, juntamente suaves y vivos, que iluminan, sin dominar; tan naturales parecen! ¡Cómo sube de pronto las más elevadas cumbres, y os arrastra consigo! O más bien no sube; allí está siempre. Si subiese como el hombre, sentiríamos, al subir con Él, esa opresión, ese cansancio feliz de la subida; y dominado Él mismo por esa aparición sublime, nos comunicaría su asombro. No hay nada de eso. “Se le ve lleno, dice Bossuet, de los secretos de Dios; pero se advierte que no le causan sorpresa; habla de ello naturalmente, como nacido en ese secreto y en esa gloria.”<sup>1</sup>

Esta serenidad en semejante luz, esta ausencia de esfuerzo para alcanzar esas alturas á las cuales ningún hombre puede llegar, y para per-

1. BOSSUET, *Hist Univers.*, II part., ch. XIX.

manecer siempre en ellas, han parecido á algunos autores el rasgo supremo de este prodigioso entendimiento. Confieso no obstante, que todavía me impresiona más su profundidad. La profundidad es tal vez de un orden más divino que la elevación. Es el rasgo distintivo de los talentos superiores; ¡mas cuán raro es! ¡qué turbación! ¡qué incertidumbre en la previsión de los más grandes genios! ¡qué crueles engaños sufren todos los días! ¡Y no obstante, es envidiable grandeza el poder así, aun vacilando, penetrar en los repliegues ocultos de las cosas, y, á través del presente, entrever y saludar ya el porvenir! Pues bien, este admirable estado, es el estado habitual de Jesucristo. Nada se escapa á la extraordinaria penetración de su mirada. ¿Quién no advirtió en el Evangelio aquella clara intuición con la cual se apodera, á despecho de engañosas apariencias, del secreto pensamiento de los corazones? ¡Cómo sobresale en arrojar en el fondo de las almas tal palabra plenamente misteriosa, que, al principio mal comprendida ó despreciada, no brillará hasta más adelante, para llenar de confusión ó de luz á quien la recibió, según sus disposiciones! ¡Con qué soberano arte, con qué magistral conocimiento del corazón humano, sabe volver en provecho de su misión la conversación más insignificante, y ocupar el puesto de maestro en donde se le quiera imponer la de dis-

cípulo! ¡Cómo penetra á fondo el corazón de sus apóstoles, y, en el momento mismo en que multiplican ellos sus protestas de afecto, cómo les anuncia con dulzura, pero con franqueza, su próxima caída!

Y esta inmediata, absoluta y divina intuición de las almas no es nada todavía. Conoce la suerte de los pueblos como los secretos de los corazones. El porvenir de Jerusalén se ofrece tan claro á sus ojos como el de Pedro, ó el de Judas. La gran revolución que comienza; el mundo nuevo que va á brotar al pie de su cruz; esa cruz que todo lo atraerá á sí, esos humildes apóstoles que enseñarán á todas las naciones; los pueblos que se convierten; un solo redil para recogerlo todo y un solo pastor para dirigirlo todo: ve Él todo esto con certeza inmediata, con claridad absoluta. Y su inmenso entendimiento, no limitado por el tiempo ni por el espacio, se lanza hasta los últimos días del mundo, y, en las ruinas, por Él anunciadas, de Jerusalén, nos da la prueba de que sabe cómo acabará la humanidad.

Además, ningún esfuerzo, ningún asombro en su profética intuición, como no lo había en su elevación sublime. “La ciencia del porvenir nada tiene que le admire, que le turbe, que le sorprenda, porque encierra todos los tiempos en su entendimiento. Los misterios futuros que anuncia no son en Él súbitas é imprevistas cla-

ridades que le deslumbren: son objetos familiares que jamás pierde de vista, las imágenes de los cuales halla Él dentro de Sí; y todos los siglos venideros son, bajo la inmensidad de sus miradas, como la luz presente que nos ilumina." 1

A esa elevación, á esa profundidad, añadamos, para completar el entendimiento de Jesucristo, una tercera y suprema belleza intelectual. Cada una de sus palabras es fecunda. Encierra la semilla del porvenir. Dice Él: *Bienaventurados los pobres. Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los limpios. Bienaventurados los que sufren persecución.* Semillas maravillosas; ¡quién contará los frutos que han salido de ellas! Todos los apóstoles de ahí proceden; todas las vírgenes, todos los mártires, todos los bienhechores de la humanidad. Dice Él: *Dad al César lo que es del César;* y asienta la base de la distinción de los poderes, de donde arranca la civilización moderna. Dice Él: *Padre nuestro, que estás en los cielos;* y siembra la semilla de la fraternidad universal en la verdadera igualdad. 2 Cada palabra que brota de sus labios es un germen de progreso indefinido.

Y lo que completa el asombro que causa un entendimiento semejante, es la lengua de que

1 MASSILLON, *Sermon sur la divinité de Jésus-Christ.*

2. Quien desee estudiar debidamente este asunto, vea las Conferencias del R. P. Félix.—[N. del T.]

se sirve. Jamás pensamientos más elevados se han expresado con menos palabras; mas tampoco nunca esas palabras, tan pesadas, tan materiales en sí mismas, desesperación de los que escriben, se han visto hasta ese punto idealizadas y transfiguradas por el pensamiento. Literalmente, son "espíritu y vida," según la enérgica expresión del mismo Jesucristo. La menor cantidad posible de materia: palabras cortas, transparentes, vaciadas, si así puedo decirlo, y dejando ver el espíritu que las anima. La ciencia ha logrado el medio de reducir al más breve volumen posible las poderosas energías medicinales y vivificantes de la naturaleza. Jesucristo hizo otro tanto. En tres palabras, justas, distintas, llenas de luz, ha encerrado las leyes eternas de las cosas; los principios fundamentales de las familias y de las sociedades; las causas y los remedios de la decadencia de los pueblos; principalmente las leyes divinas de las almas. Y todo esto bajo una forma tan sencilla, que á la vez es leche para los niños y vino para los ancianos.

Así, pues, la elevación hasta lo sublime, la profundidad hasta la profecía, la fecundidad inmediata é ilimitada, creciendo con los siglos, hasta la renovación del hombre, de la familia y de la sociedad: hé ahí el entendimiento de Jesucristo. ¿De dónde procede genio semejante? ¿De quién viene en el pasado? Se ha investiga-

do, y se renunció á dar con ello. Jamás se vió nada semejante.

Ahora, después de haber visto el entendimiento de Jesucristo, fijemos nuestras miradas en su corazón. Otros dones, otros atractivos; la misma transpiración de la divinidad, ó más bien, una transpiración todavía más poderosa; porque el corazón es naturalmente más hermoso que el entendimiento, y está formado con más celestial materia; es mucho mejor conductor de la divinidad.

¿Recordáis cómo se formó el corazón del hombre? Os admiraréis al ver cuán poco se le parece el de Jesucristo. Sin duda somos amantes; nos damos. Esa es nuestra gloria, la señal de que procedemos de lo alto. Pero amamos poco. ¿Quién ama hasta darse por entero, hasta la sed del sacrificio? ¿Quién, habiendo subido á ese Tabor en donde uno se sacrifica en el amor, no ha deseado bajar de allí? Todos llevamos en el corazón la triste llaga de no poder sufrir mucho tiempo, ni aun por aquéllos á quienes más amamos. Sólo hay una excepción: es el corazón de Jesucristo. Ama y lo da todo. Y pues no se da mayor prueba de amor que el morir por aquéllos á quienes se ama, desde el primer momento de su vida hasta el último, sólo aspira al sacrificio. "Su hora," como Él la llama, la que espera con impaciencia, es aquélla en que podrá finalmente, en el Calva-

rio, elevar sus dolores á la altura de su amor.

Más hé aquí otra maravilla del corazón de Jesús, correspondiente á otra debilidad del corazón del hombre. Precisamente porque amamos poco, amamos á pocos. Para amar nos encerramos, nos formamos estrecho nido en el cual ponemos los seres que nos son más queridos: el padre, la madre, la esposa, los hijos, algunos amigos. ¡Qué queréis! sólo una gota de amor tenemos; la economizamos; solamente se la damos á algunos; porque, aun dando á esos pocos todo lo que de afecto poseemos, no estamos todavía seguros de darles bastante. ¡Cuán diferente es el corazón de Jesús! Ama á todos los hombres, y los ama con el mismo fuego. Los pequeños, los grandes, los pobres, los ricos, los justos, los pecadores, los desamparados, los abandonados del mundo; ¿á quién dejó olvidado? ¿A quién no amó tierna y ardientemente? ¿Quién fué sobradamente manchado para ese corazón tan puro, ó sobradamente vulgar para ese corazón tan noble, ó sobrado grande para ese corazón tan humilde, ó sobrado pequeño para ese corazón sublime? Hasta parece que no le basta esa inmensidad, y se encuentran en sus palabras, en sus ruegos, amorosos anhelos con los cuales abarca á todas las criaturas y hasta mundos que no conocemos.

Y con un corazón semejante, una pureza que no me atrevo á llamar angélica, porque fuera

decir demasiado poco, vivió en medio del mundo, sentóse á la mesa de los pecadores. Ve á sus pies todas las debilidades; y jamás, no digo la sombra de una duda en una conciencia honrada, sino la sombra de un ultraje en infames labios, llegó á Él. Todo se atacó, menos la pureza de este sér celestial. Y como si fuera preciso que este corazón, tan amante y tan puro, tuviese una auréola única, formó una multitud de corazones á su imagen, corazones de vírgenes, amantes y puros como Él.

Más hé aquí que su belleza es completa. En vez de presentarse en el mundo con aquella tristeza que obligaba á Pascal á decir tan melancólicamente: "¡La mayor pobreza del hombre consiste en poder tan poco en favor de aquéllos á quienes se ama!" se presenta, por el contrario, con sereno continente, con la plena seguridad de curar, consolar, salvar, beatificar á todos aquéllos á quienes ama. *Venid á mí, exclama, todos los que estáis cansados, y os aliviaré, y hallaréis descanso para vuestras almas.* ¡Dichoso corazón que puede proferir tales palabras: ¡Ay! no nos atreveríamos á decírselas á un padre, á un amigo, á los hijos, y Él se las dijo al mundo entero! *¡Si alguno tiene sed, exclama, venga á mí y beba!* Sed de felicidad, sed de consuelo, sed de santidad, sed de paz; no distingue. Su gran corazón, que se siente capaz de realizar todos sus deseos, se anima á medida

que avanza. *No se turbe vuestro corazón; os traigo la paz, una paz que el mundo no da, una paz que sobrepaja á todo sentimiento.* Y no sólo la paz, sino el gozo: *Hé aquí que os vais á ver inundados de una paz perfecta; vuestras mismas tristezas van á cambiarse en gozo.* ¡Dichoso, repito, quien así puede hablar á los que ama, quien puede ofrecerles algo más que deseos impotentes ó estériles lágrimas! ¡Mas qué gradeza supone un lenguaje semejante! Y, á menos de reconocer ahí con tristeza las ilusiones de una naturaleza noble y generosa, fuerza es saludar con admiración un corazón humano, sin duda, mas un corazón único, á través del cual se advierte como una evidente transpiración de la divinidad.

La fuerza constituye el tercer rayo de la belleza en la frente del hombre. Aquí es incomparable; Jesucristo posee las fuerzas todas: la fuerza modesta en el trínfo en medio del entusiasmo de las multitudes; la fuerza paciente ante la tenacidad de sus discípulos, los enredos de los fariseos y la mala fe de los príncipes de los sacerdotes; la fuerza serena y radiante ante las injurias, las bofetadas, las salivas y las varas; y lo que todavía es más admirable, la fuerza resignada en las angustias, en medio de las mayores postraciones de la naturaleza. Este ánimo imperturbable y esta reposada dignidad en circunstancias tan á propósito para desconcertar y abatir, forman lo más hermoso que es

dado ver en el orden de la voluntad. Y no obstante, nada es eso todavía. La última palabra de la fuerza en Jesucristo, el rasgo vencedor, es la manera con que levantó al mundo, según su expresión: *Omnia traham ad meipsum*. Decía Arquímedes: "¡Déseme un punto de apoyo, y levantaré el mundo!" y Él no pidió ese punto de apoyo. Tomó doce trabajadores, pobres, groseros, sin talento, y, lo que es más raro que levantar el mundo, lo cambió, lo mejoró, lo transfiguró. Y para que este acto alcanzase una brillantez incontestable, no lo hizo durante su vida mortal. No lo hizo; no quiso hacerlo. Murió abandonado en una cruz. Mas entonces, cuando desapareció de la tierra y su obra parecía muerta, destruida con Él; entonces, como lo había dicho, fué cuando demostró su fuerza con maravillas de ultratumba, y cuando del fondo del sepulcro, donde se la creía enterrada para siempre, su hermosa obra reapareció de pronto, llena de vida infinita y de eterna fecundidad.

Es inútil añadir, al terminar esta primera investigación, que estos divinos esplendores de la fisonomía de Jesucristo, esta belleza de la inteligencia, de la bondad y del amor, de la fuerza y del ánimo, se hallan en Él en perfecto equilibrio. No se encuentra vacío alguno, ni desfallecimiento, ni falta, como no se advierte dificultad ni exceso. Cada facultad alcanza su más alto grado de intensidad; mas

es imposible señalar una que eclipse á las demás. Se hallan armoniosamente reunidas. Además, todo en Él y en su vida es grandeza tranquila, dulce sencillez, sublime paz.

La humanidad ha producido de vez en cuando seres extraordinarios; ninguno que pueda compararse con éste. Todo lo posee, y todo en una medida única. En Él el pensamiento, la palabra, la poesía, la elocuencia, el amor, y la influencia práctica, y la inmensidad de los resultados, todos los dones y todas las fuerzas, se hallan reunidos y con tal perfección, que el alma que ha meditado en la vida de Jesucristo es incapaz de concebir nada más grande.

Y ahí está el sentido de esta frase: "HIJO DEL HOMBRE que se encuentra en todas las páginas del Evangelio." Jesucristo no es tan sólo un hijo del hombre como todos los descendientes de Adán: es el hijo del hombre en sentido absoluto; el hombre ideal, hermoso, puro, completo; la flor más preciosa, el fruto más suave que jamás ha producido la tierra, ó, por mejor decir, la única flor absolutamente hermosa y perfecta que ha brotado de las raíces del tronco de la humanidad.

## II

Pero sigamos. Sólo tenemos ahí algunos rasgos, bien ligeros todavía, de la fisonomía de Jesucristo. A medida que la crítica se hace más



penetrante, la observación más inteligente y más exacta descubre en el carácter del Cristo rasgos que la antigua apologética no sospechaba. El Cristo brilla ante sus miradas, como el cielo estudiado con los poderosos instrumentos de la ciencia moderna.

Además de esas cualidades justas, precisas, de que acabamos de hablar, y que, elevadas á su mayor poder, armoniosamente reunidas, señalan la fisonomía de Jesucristo con tan real belleza humana, comiéndanse á descubrir en Él algunas cosas más difíciles de comprender, ilimitadas, indefinidas. Se le ve hombre, y á cada momento se nota que es más que un hombre. No sé qué absoluto, universal, inagotable, hace ver que los límites ordinarios de la humanidad no se hallan aquí. Estúdiense sucesivamente su perfección moral, su personalidad, su mente, y se encontrará sin duda la forma, jamás la medida.

¡La medida de su perfección moral! se la encontrará cuando se halle en alguna parte un punto de comparación. ¿Pero en dónde está? No hablo de la antigüedad; un ideal semejante ni siquiera se sospechaba. "Jesús deja obscurecidas, dice Channing, á todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su hermosura." <sup>1</sup> Y no solamente á las perfecciones humanas

1. CHANNING, *Discours sur l'imitation du Christ.*

que le han precedido, sino aún á las que le has seguido, á las que Él hizo brotar; pues su aparición fué como un rayo de luz que reveló un ideal hasta entonces desconocido y que ha creado la pasión de imitarlo. Mil novecientos años hace que esta figura se presenta en el mundo; que millones de personas se esfuerzan en reproducirla, y que á medida que mejor la copian, alcanzan mayor belleza; mas á nadie ha sido dado el igualarla. En esas innumerables copias, las hay que arrebatan de admiración, unas por su pureza, otras por su valor. Pero ninguna puede servir como término de comparación. ¡Qué digo! la belleza única de Jesús no solamente sobrepuja á toda belleza creada, sino que es única. No se le conoce ideal.

Sabido es lo que ocurre cuando nos hallamos en presencia de la belleza. La contemplamos arrebatados; luego en seguida, excitados por esta aparición, nuestras alas se extienden y subimos más alto. Descubrimos una belleza superior, de la cual todas las bellezas creadas, por espléndidas que sean, no son más que incompleta expresión. Y cuanto más subimos, esto es, cuanto más poderosa es nuestra imaginación, más huye á nuestros ojos el ideal, desesperándonos y excitándonos con esa sublime huida, y creando el gran arte la misma imposibilidad en que coloca al genio de realizar jamás lo que ve. Pues bien; tratándose de Jesucristo, el fenómeno

no resulta al contrario. No dejamos la realidad para correr tras de lo ideal; la realidad es lo que no podemos alcanzar. Todos nuestros esfuerzos para hallarle un ideal á Jesucristo, es decir, una belleza distinta de la que Él realiza y superior á ella, son impotentes. Al contemplar á Jesucristo, no vemos que su ideal se eleve, huya; es Él, su realidad, el descrito en los Evangelios, quien se eleva, quien huye, el que no puede ser alcanzado, ni con el pincel, ni por el cincel, ni con la pluma, ni con el corazón. Hé aquí lo que hacía derramar lágrimas al bienaventurado Angélico de Fiésole, incapaz de reproducir belleza semejante; lo que arrebatava á causa de su indignación el pincel á la vigorosa mano de Leonardo de Vinci; lo que desesperaba á Bossuet y á Pascal. Es la primera vez, ó más bien la única, en que la perfección suprema del arte resulta inferior á la verdad histórica, y hasta la imaginación del genio no alcanza á idealizar la realidad.

Esta reflexión debiera bastar, por sí sola, para hacer comprender á toda alma formal, que el carácter de Jesucristo, aunque verdaderamente humano y natural, se levanta muy por encima de las proporciones humanas;<sup>1</sup> mas quiero hacer considerar algo más admirable to-

<sup>1</sup> Estas expresiones deben entenderse, sin detrimento de la perfecta unidad personal divina de Jesús.— (N. del T.)

davía, otro absoluto mucho más inexplicable. No hemos hallado los límites de su belleza moral, de su perfección; busquemos ahora los límites de su personalidad. Lo que limita la personalidad, es el tiempo, el lugar, la raza. Por grande que uno sea, se ha nacido aquí; se ha vivido allá; se ha salido de las entrañas de un pueblo, y se lleva su sello. Véanse los más grandes hombres: pertenecen á su tiempo. Se unen vivamente con sus intereses, con sus pasiones, con sus gozos, con sus dolores. Esto es evidente con respecto á los hombres políticos, á los legisladores, á los conquistadores. ¿En qué se apoyarían para gobernar el mundo y para removerlo, si no fueran de su tiempo? Más aún, los hombres que pertenecen al pensamiento puro, los soñadores solitarios, los poetas, los filósofos, los artistas, aquellos cuya vida dedicada al culto de lo ideal va más lejos en la humanidad y pasa menos rápidamente, ¿no son también de su tiempo? ¿Acaso, á través de las estrofas de sus poemas, no se oyen, con los clamores de la humanidad, los de su época; con los suspiros del alma humana, los del pueblo, del siglo, de la ciudad en donde esa alma humana ha rogado, llorado, sufrido y amado? Cítense los más grandes: Homero, Job, Esquilo, Isaías, Sócrates, Fidias, Sófocles, Platón, Virgilio, Tácito, Dante, Miguel Angel, Shakespeare, Milton, Corneille, Racine, Bossuet. ¿Qué